



Allí el casi divino espada o lirio  
se desplegó en prodigio de corola.  
Escalaba las gradas el delirio  
de los olés rompiéndose en la ola.

Aquí cerca, en el tercio, donde brota  
ignorada una cruz, fué la cogida.  
Una fuente de sangre que borbota  
y la fuente sorbiéndose una vida.

El celeste doncel. Los veinte años.  
El fulgor de una técnica infalible.  
Todo se derrumbó. Fúnebres paños  
y cirios de estupor denso y tangible.

Así pasa la gloria de este mundo;  
pero a este azar, ¿no fuimos inductores?  
Y nos escarba adentro, en lo profundo,  
un escozor de escrúpulos y horrores.

Licitud de la fiesta, ¿quién dibuja  
la frontera entre el juego y el pecado?  
¿Entre la bestia que al abismo empuja  
y el deleite del puro aficionado?

¿Dónde en esta tragedia deslumbrante  
la catarsis que lave y justifique?  
¿Redimirá una estética radiante  
mi culpa, mi porciúncula meñique?

¿Qué me dice ese anillo misterioso?  
¿Qué me respondes tú, naturaleza?  
Pasó por él su esponja el año ocioso.  
Tú, madre, sólo entiendes de belleza.

Cielo frío y sin nubes: hoy no bogan  
verónicas por él de orondo seno.  
Por la maroma saltan y dialogan  
dos gorriones con el buche lleno.

Toda la plaza siente en sus costuras  
nostalgias de ruinoso jaramago.  
Reina el olvido, ¡oh paz en las alturas!,  
y el incrédulo tiempo obra su estrago.

¿«Lagartijo» existió? ¿Y aquella larga?  
¿Dónde la estela del vibrar cenceño?  
Sobre la arena pálida y amarga,  
la vida es sombra, y el toreo, sueño.

GERARDO DIEGO

